

“La censura institucional se parece a la violación. Cuando te sucede te dicen: aguanta y calla. Hablar es arriesgarse a que se reproduzca la agresión. Por eso es importante hablar del tema”

Texto

Almudena Ávalos

Fotografía

Marie Rouge

Estudió Filosofía en Madrid, se doctoró en Princeton (Nueva York), fue discípulo de Derrida en París y hoy es una de las 25 personas más influyentes del arte contemporáneo, según la revista 'Art Review', y comisario del pabellón de Taiwán en la Bienal de Venecia 2019. Pero la historia de Paul Preciado empieza cuando nació mujer

“He sido y en parte sigo siendo mujer, lesbiana, homosexual, hombre trans. Soy al mismo tiempo todo y nada de eso”. Así se define el filósofo Paul B. Preciado, a quien llamaron Beatriz al nacer en 1970. Creció en Burgos en una casa sin libros. “Solo teníamos la Biblia y un diccionario, en el que recuerdo el efecto que tuvo en mí buscar la palabra *homosexualidad* y encontrar algo como ‘Concúbite entre personas de un mismo sexo. Vicio de sodomía y bestial bruteza”, dice. Antes de que se definiera, lo hicieron por él los insultos en el colegio. Considerado pensador de referencia por sus aportaciones a la teoría *queer* desde su primer libro, *Manifiesto contrasexual* (2002) habla sobre la construcción social y la política del sexo, y muchos artistas dialogan con sus textos.

A lo largo de los años, sus devotos han saciado su sed a través de sus libros, conferencias, entrevistas y las columnas en el periódico francés *Libération*, reunidas ahora en su libro más autobiográfico, *Un apartamento en Urano* (Anagrama). En él, reflexiona sobre temas actuales mientras narra qué ocurre con el relato de su vida al modificar su sexo. Comenzó a publicar estas columnas en 2013, cuando vivía en París. “Ese año se hizo visible en Francia el movimiento nacional-católico y de extrema derecha [el equivalente a Hazte Oír] contra la libertad sexual y de género, y era necesario producir un discurso público capaz de reaccionar, en tiempo real, frente a lo que sucedía en las calles y la banalización de las agresiones machistas, homófobas, tránsfobas y

racistas”, dice. Sabe de lo que habla. A lo largo de su vida ha recibido amenazas de muerte que no le gusta contar “por no ocupar la posición de la víctima”. Cerró su web “asiduamente visitada por la gente del Opus Dei”, según cuenta, “por ser una puerta abierta al insulto público”. En 2015 censuraron una exposición que comisariaba en el MACBA. “El filósofo a veces es un ingenuo. Después de trabajar durante años sobre el cuerpo político, no pensé en las consecuencias de representar el cuerpo desnudo del Rey en el museo”, recuerda. “Lo que sucedió solo se entiende ahora, a la luz de los conflictos por la soberanía en el contexto catalán y de la enorme represión que suscita toda forma de disidencia”, cuenta. “La censura institucional se parece a la violación. Cuando te sucede te dicen: aguanta y calla. Hablar es arriesgarse a que se reproduzca la agresión. Por eso es tan importante hablar del tema. No pensar la censura como algo extraordinario que sucede en raras ocasiones, sino como un proceso de represión política constante”.

Hay episodios cotidianos en la vida de Preciado, como los controles policiales del aeropuerto, a los que recurre en su escritura para compartir el proceso de su transformación física. “Cuando empecé a tener una apariencia masculina y seguía teniendo pasaporte con identidad femenina, cruzar una frontera era un desafío. Me di cuenta de la precariedad de nuestro estatuto de ciudadanía. Nuestros pasaportes son tecnologías de política-ficción, una prótesis institucional. Nunca somos exactamente lo que el pasaporte dice que somos. El problema es que algunos tienen gran validez, otros están desautorizados y hay cuerpos a los que se les ha privado de derecho al pasaporte y a la ciudadanía, como el del migrante, la persona trans, las personas encarceladas, los llamados enfermos mentales, las personas consideradas discapacitadas...”.

Los niños son otra constante en su obra. La escritora feminista Virginie Despentes, quien fuera su pareja en los años de la Barcelona del postporno, le dice en el prólogo: “Los niños nacidos después del año 2000 leerán tus textos, entenderán lo que propones y te amarán”. Para Preciado el colegio es un campo de batalla “y el cuerpo infantil, el primer lugar sobre el que operan todas las técnicas de normalización. Allí se fabrica la identidad nacional, de género y sexual. Es el lugar donde el débil es castigado y eliminado. Y los débiles son mis favoritos. Ser trans es, entre otras cosas, desafiar la narración temporal y concederse una segunda infancia que permite al débil construir su propio mundo. Yo hago filosofía para los débiles. Solo me interesa pensar a partir de la vulnerabilidad, de la disidencia e inventar desde ahí la libertad”. *

Paul B. Preciado ha sufrido en los aeropuertos porque su apariencia masculina no coincidía con la identidad masculina de su pasaporte. En esta foto todo cuadra.